

1

El patrón con el que se hacen los sueños

¡LONDRES! LA CAPITAL del Grandioso Imperio Británico, tantas veces mitificada en novelas y películas, una ciudad mágica, eterna, gloriosa, en la que conviven el espíritu victoriano de Sherlock Holmes, los *punkies* más *punkies*, los siniestros más siniestros y los ejecutivos uniformados con bombín y paraguas de la City. Londres, donde el té de las cinco se toma puntualmente a las cuatro, acompañado de esponjosos *scones* con mermelada de fresa y refinados sándwiches de pepino, pero la cena puede ser cualquier cosa envuelta en los periódicos más sensacionalistas del planeta. Donde en el fondo de cualquier mercadillo callejero puedes encontrar un tesoro por una libra o gastarte miles de ellas en tiendas tan lujosas que ni siquiera podías imaginar que existían.

Poco hay que no se haya dicho ya de su Torre, de su niebla, de sus famosos, de sus *fish&chips*, del museo de cera de Madame Tussaud, de las joyas de la Corona, de sus *pubs*, de sus clubs o de sus famosas rebajas (mucho de las de enero y menos de las de julio).

Algo de protagonismo en las conversaciones también ha tenido su persistente lluvia, el palacio de Buckingham y la familia real inglesa, el metro, sus grandes almacenes y su cartelera de musicales.

Y mucho, mucho menos, pero algo, se ha hablado de sus museos, monumentos, parques y de la manía que tienen los ingleses de hacerlo todo a su manera (que, curiosamente, suele ser justo al contrario de como lo hacen todos los demás seres humanos).

Pero pocos han sido capaces de expresar con palabras a qué huele Londres o cómo se ilumina cuando un rayo de sol consigue atravesar la espesa capa de nubes que lo cubre (lo que sólo sucede

en las extrañas ocasiones en las que las nubes se despistan porque están pensando en otra cosa).

Y nadie, absolutamente nadie, ha sido capaz de explicar qué es lo que hace de Londres un sitio tan especial, un lugar mágico en el que vivir es sinónimo de tener una aventura cada día. Una ciudad en la que todo es posible y los sueños de cualquiera se pueden hacerse realidad. Aunque a veces no de la manera que uno espera o como había soñado siempre. Pero ésa es la esencia de los sueños y de Londres: que aunque creemos saber cómo son, cuál es nuestro Destino, siempre hay algo que puede cambiar todo para siempre.

Cuando estás atrapada en el madrileño aeropuerto de Barajas tu único sueño en la vida puede ser, sencillamente, llegar a Londres algún día. De la manera que sea, en avión, en globo, atravesando con un barco el canal de la Mancha —el Canal Inglés, lo llamamos—, por teletransportación o por esporas, sea como sea eso. Cuando estás atrapada en Barajas y pasan las horas sin que el vuelo salga piensas que Phileas Fogg habría perdido su apuesta si hubiera dependido de los aviones de Iberia.

Piensas en que si apareciera un vendedor de seguros con piernas de cabra que te ofreciera vender tu alma al diablo a cambio de que saliera el avión lo harías.

Pero ni puedes coger un globo ni puedes cruzar el canal de la Mancha porque estás aún en Madrid y no en Calais, y la teletransportación todavía no se ha inventado a pesar de los esfuerzos de Steve Jobs. Y todos los Vendedores de Almas al Diablo están en el Parlamento y no en Barajas. Así que sólo puedes aguardar pacientemente y pensar que tras tres largas horas junto a la puerta de embarque 64, esperando la llamada para el vuelo IB1113, no puede quedar mucho para embarcar. Pero lo mismo pensaste hace una hora, hace una hora y media, hace dos horas...

Álex Mata se imaginaba a sí misma aterrizando en Londres en

ese mismo momento, y si el vuelo hubiera salido a su hora, eso es exactamente lo que habría pasado. Y toda esta historia no habría sido la misma. Probablemente no habría existido esta historia, en realidad. Pero en el Centro de Control de AENA alguien se había equivocado al introducir un número en su ordenador (un ruido que no venía de ninguna parte que despistaba a ese alguien en el momento exacto) y el vuelo IB1113 se había encontrado de repente sin espacio aéreo. Y mientras en AENA buscaban la manera de reestructurar toda la parrilla para dar salida al avión, Álex Mata pasaba tres aburridas y l-e-n-t-í-s-i-m-a-s horas de espera con la única compañía de un *Vogue* manoseado y un pasaje de turistas enfadados como monos que *tuiteaban* compulsivamente su desesperación y planeaban la manera de alzarse en armas.

La verdad es que la cosa había empezado mucho más suave, cuando por megafonía una amable azafata los había informado en castellano, inglés, francés y alemán de que «por incidencias de logística, el vuelo de Iberia 1-1-1-3 con destino a Londres saldrá con cierto retraso o algo de retraso, no es posible precisarlo». Cuando escuchas una información así de relevante en cuatro idiomas diferentes das por sentado que el tema se está tratando con profesionalidad y eficiencia. Te sientas, aceptas la noticia con algo de desilusión y mucho más de resignación y escuchas los comentarios de tus compañeros de viaje. Y eso hicieron todos, incluida Álex. «Esas cosas pasan», decían unos. «Es el pan nuestro de cada día», argumentaban más allá. «Es que la T4 todavía está en pruebas» era el comentario más popular, a pesar de que la T4 llevaba ya unos años en funcionamiento. «Así nos dará tiempo a comprar alguna botella de algo». «¿De agua?» «De algo.»

Pero cuando al cabo de una hora el mensaje por megafonía volvió a insistir sobre el tema de retraso sin dar más explicaciones y sin molestarse siquiera en traducirlo a varios idiomas, la cosa empezó a calentarse. Un poquito tirando a mucho. «Es que éste es un país de pandereta», comenzaron a farfullar algunos. «La chapucería nos

gobierna», gruñeron otros. «Esto a mí no me pasaba con Franco», se atrevieron algunos a decir por lo *bajimi*, los más viejos. «Usted no sabe quién soy yo.» «Pues dígamelo.» «Pues será si yo quiero». Hubo quien decidió abrirse la botella de algo, para templar los nervios, la espera, el mal humor y la sed.

Lo peor llegó con el tercer mensaje. Entonces los murmullos y los corrillos subieron de tono, los niños, hartos de emprenderla a golpes con el mobiliario urbano, comenzaron a repartir patadas entre la concurrencia y la gente se dividió en dos grupos: los que se marchaban a refugiarse en el bar y los que se quedaban al acecho de que algún infortunado con chaqueta roja de Iberia tuviera la desdicha de pasar por allí camino de algún sitio.

Una hora y media después, una pequeña y pizpireta azafata salió a comunicar a todo el pasaje que el vuelo de Iberia 1113 despegaría tan sólo una hora después y que era preciso que los pasajeros hicieran cola para ir entrando en el avión. Los mandos de la compañía la habían enviado pensando que su angelical sonrisa y su voz suave de locutora de radio de madrugada aplacarían a la muchedumbre, pero la muchedumbre ya no tenía tiempo para fijarse en sonrisas y pecas. La mayor parte del pasaje sólo había escuchado que el avión aún no iba a despegar y había dejado de escuchar la siguiente frase de la azafata. Envalentonados con los tragos de algo, una horda de pasajeros de caras sofocadas cercaron el mostrador y a la pequeña azafata, dispuestos a dejar en ridículo a los que iniciaron la Revolución francesa.

La azafata se dio cuenta de que tenía que haber estudiado Derecho como había insistido su madre: ahora sería una licenciada, en paro, sí, pero no a merced de la turbamulta. También se dio cuenta de que se había dejado el *spray* antivioladores en la otra chaqueta. Balbuceó frases que nadie oía mientras retrocedía, rodeada por señoras que blandían abanicos y ristras de chorizos de Cantimpalo. Miró a su alrededor en busca de ayuda; no la encontró.

—En sólo una hora —empezó a decir de nuevo, pero la rabia de

las multitudes tiene efectos secundarios: enturbia la mente y ensordece a sus víctimas. Debía cambiar de táctica—. ¡Mirad, el Rey de España!

Pero la rabia de las multitudes vuelve a las multitudes republicanas. Nadie miró.

—¡Mirad, Isabel Pantoja!

Pero la rabia de las multitudes vuelve a las multitudes aficionadas al jazz. Nadie miró.

—¡Mirad, Batman!

La rabia de las multitudes, naturalmente, no vuelve a las multitudes más crédulas. La pequeña y pizpireta azafata estaba a merced de las señoras con abanico. Ése es siempre el momento que elige el Séptimo de Caballería para llegar y salvar el día.

Pero el Séptimo de Caballería estaba en un atasco en la Nacional I.

Así que Álex Mata dio un salto y se interpuso entre la multitud y la azafata.

Hace falta ser de una pasta especial para desafiar a una horda de pasajeros furiosos sin que te paguen por ello. Más aún si tú misma tienes razones para formar parte de esa horda de pasajeros furiosos porque llevas casi cuatro horas esperando. Para fortuna de la pequeña azafata, Álex Mata estaba compuesta de arriba abajo de esa pasta especial. Alzó las manos y la multitud se paró.

—¡Tranquilidad! —gritó—. ¡No hay necesidad de ponerse nerviosos! Vamos a entrar en el avión ordenadamente y saldremos hacia Londres como gente civilizada, no como una banda de salvajes.

Paralizados, todos la miraron. No tenía nada de lo que uno piensa que tienen los líderes carismáticos: ni bigote ni alzas ni pantalones con pinzas ni sombreros tejados ni hoyuelo en el mentón. Era una chica normal y corriente que no era normal ni corriente. Guapa sin exageraciones como la hermana del primer novio que te echas, el pelo negro y ligeramente ondulado, los ojos grandes, enormes, verdes, la boca fina y bien formada, el cuerpo delgado y elegante.

Parecía normal y corriente hasta que te dabas cuenta de que no lo era; que tenía algo, una especie de energía interior inagotable, una prodigiosa capacidad de sobreponerse a las adversidades, apretar los dientes, esforzarse hasta el límite de sus fuerzas y conseguir lo que deseaba.

Y lo que deseaba ahora era que la gente se calmase, formara una cola y subieran al avión, para poder subir también ella y volar al fin a Londres, a cumplir su sueño.

Fijaos bien en la gente que tiene un sueño y lo persigue: son los que cambian el mundo. Seguidlos, porque los que tienen un sueño doblegan todos los problemas que se les interponen. Ahí está su fuerza, lo que los hace especiales, los que los hace capaces de creer en su sueño, su fe fanática en lo que desean. Alex Mata tenía un sueño y había trabajado mucho para contar con la oportunidad de conseguirlo: no iba a ser un motín en el aeropuerto lo que le impediría alcanzarlo, desde luego.

Y la gente sabía de alguna manera extraña que Álex Mata estaba poseída por esa determinación. Se fueron calmando. La ira de las multitudes se apaga repentinamente, como una vela de cumpleaños, y deja un regusto amargo en los que la sienten. La ira de las multitudes tiene sabor a apio.

—Es que si no dicen nada... —se excusó una señora. Pero ya eran ciudadanos domesticados de nuevo, que lentamente iban formando una fila y preparando los billetes para embarcar, como si no hubiese pasado nada.

—Muchas gracias —susurró la azafata a Álex—. Pensaba que nos iban a descuartizar o algo peor.

Álex se preguntó que podía haber peor que un descuartizamiento, teniendo en cuenta además que en un aeropuerto es difícil encontrar herramientas adecuadas para descuartizar limpiamente.

—No importa. Ya me devolverás el favor algún día. —Sonrió. Tenía una hermosísima sonrisa. Era una sonrisa que también podía disolver disturbios. O provocarlos.

Caminó hacia el final de la fila mientras todos los pasajeros la miraban con una mezcla de fascinación y respeto. Ella no se daba cuenta, porque su mente había despegado ya e iba camino de Londres, preparada para enfrentarse a los siguientes problemas que podían interrumpir su sueño londinense. Y no eran pocos.

Los sueños pueden convertirse en pesadillas muy fácilmente. Un segundo estás volando por el cielo con toda facilidad, planeando sobre un valle verdísimo en el que las ovejas pastan. Un segundo después caes a plomo hacia la tierra y descubres que las ovejas se han transformado en feroces dinosaurios que corren hacia ti para devorarte. Y no puedes despertar de la pesadilla o volver a transformarla en un sueño ideal.

Agosto había empezado de manera inmejorable para Álex Mata. Había recibido una llamada de su profesora, Carmen Vergara, para contarle que había una plaza para un máster en la escuela más prestigiosa del mundo: la Escuela de Moda Central Saint Martins de Londres, y que la plaza era para ella. ¡La Central Saint Martins nada menos! El lugar donde habían estudiado John Galliano y Stella McCartney. También era cierto que era el lugar donde habían estudiado cientos de desconocidos que, por los datos que ella tenía, seguían siendo igual de desconocidos o más que antes de entrar en la Central Saint Martins. Pero era un lugar en el que los sueños sucedían. Un lugar en el que el sueño de Álex de convertirse en una diseñadora de renombre mundial era posible, estaba al alcance de su mano.

Álex no creía en las hadas madrinas, pero tenía que reconocer que Carmen Vergara era lo más parecido a un hada madrina que había visto nunca. Su profesora de patronaje había sido capaz de conseguir un milagro: que un funcionario del departamento de becas para el extranjero del Ministerio de Cultura no traspapelara su solicitud, pusiera todos los datos correctos, compulsara adecuada-

mente las fotocopias y, en definitiva, hiciera su trabajo raudo y veloz. Porque velocidad era lo que más se necesitaba para impedir que alguien les quitase aquella plaza que, de golpe y porrazo, había quedado libre en la escuela londinense. Carmen Vergara se había enterado antes que nadie y se había acordado de ella.

¿Quién iba a decirle que tras la figura rechoncha y nada llamativa de su vieja profesora de patronaje durante la carrera se escondía una de las integrantes del primer equipo de Christian Dior? Aquel equipo que allá por los años 50 revolucionó el mundo entero con su New Look y lanzó a la fama al Gran Diseñador. Desde luego, uno nunca puede fiarse de las apariencias, y mucho menos en el mundo de la moda, donde las apariencias se lo tienen de un subido que para qué. Pero Carmen Vergara era eso y mucho más. Durante años había sido la sombra de otros grandes nombres de la moda internacional, asesora de firmas de lujo, jurado en concursos de toda Europa y consejera de todos aquellos políticos sin sentido del gusto que querían llevar corbatas que resaltaran el color de sus ojos. Y era amiga íntima de Louise Spencer, la directora de la Central Saint Martins. Poco había que se le escapara en el mundo de la moda (excepto la razón por la que ya no estaba mal visto enseñar el tanga, los calzoncillos y los tirantes del sujetador).

Desde luego, no se le había escapado el insólito don para el diseño que tenía aquella alumna de Valladolid, Álex Mata. Aunque Álex nunca lo había considerado un don. Más bien, un recurso para sobrevivir. La escasez de medios había sido el mejor aliciente durante toda su infancia y adolescencia para sacar de donde nunca hubo y, en eso, Alejandra Mata era una Experta con mayúsculas. Nacida en el seno de una familia muy humilde, más tarde de lo que sus padres hubieran querido, Álex nunca había tenido nada propio, todo era de segunda mano. Pero, lo que para otras chicas d su edad hubiera sido un drama, para Álex nunca fue un problema. Había hecho toda una forma de vida del reciclaje. A su madre le gustaba contar que, desde bien pequeña, se pasaba las horas rebuscando entre vie-

jos cofres de su abuela, tijeras en mano. La mayoría de sus muñecas estaban vestidas con retales de enaguas de principios de siglo y restos de ganchillo que nadie quería. Las tiendas de segunda mano y los mercadillos eran sus sitios favoritos de todo el mundo. Y lo que había empezado como una forma de supervivencia pronto se convirtió en una vocación que ocupaba todo su tiempo y esfuerzo. Álex quería ser diseñadora de moda y había desarrollado un estilo único: cuando con dieciocho años llegó al Centro Superior de Moda de Madrid ya era una auténtica maestra en el arte de arramblar con ropa vieja, destrozarla y descuartizarla hasta convertirla en otra cosa.

De ahí surgió su sobrenombre, la Frankenstein. O su otro apodo, Álex *The Killer*, el terror de la ropa vieja y de segunda mano, que hacía un juego de palabras con su apellido, Mata. Su habilidad para transformar las telas, la capacidad para cortarlas en cientos de trozos y luego encajar las piezas, la habían convertido en alguien célebre en la escuela. Incluso más que Vanessa Cobo, que había tenido la desfachatez de liarse con un modelo guapo y bobo que salía a menudo por la tele y que, además, era la hija de una presentadora de televisión. Varias profesoras no hacían más que repetir que aquella chica de Valladolid llegaría muy lejos.

Carmen Vergara había conseguido que ese «muy lejos» fuera Londres. Y si no sabéis mucho de moda pensaréis que el viaje no es muy largo. Pero sí lo es, un viaje inmenso, larguísimo. Tal vez tan sólo la primera parte de un viaje más largo, de acuerdo. Quizá Londres no sea Ítaca, sino una etapa intermedia. La isla de las sirenas, por ejemplo.

Al igual que el viaje a Ítaca de Ulises estaba preñado de peligros en forma de sirenas y cíclopes y hechiceras, el viaje de Álex a Londres estaba lleno de dificultades. Para empezar, que realmente la aceptasen en la Central Saint Martins. Lo único que tenía asegurado era una entrevista con la directora, Louise Spencer, con la que Carmen Vergara había hablado. La recomendación de Carmen Vergara

había sido entusiasta, pero la decisión final estaba en manos de la directora de la escuela. Y si de algo tenía fama Louise Spencer era de no dejarse influir por nadie —por muy amiga que fuera ese alguien— y de ser durísima a la hora de juzgar a los aspirantes. El alumno que entraba con una beca en la Central Saint Martins verdaderamente se lo merecía. Para convencerla, Álex había pasado tres días preparando una pequeña carpeta con sus mejores trabajos. No quería que fueran más de veinte, y había consumido mucho tiempo seleccionando los que pensaba que eran más representativos de su estilo.

Había sido una tortura elegir unos y no otros, pero Carmen Vergara le había dicho que Louise Spencer valoraba también el criterio a la hora de decidir qué era bueno y qué no, y esa era la manera de demostrárselo. Pero ahora, en la fila de la puerta de embarque, dudaba de haber elegido las mejores piezas. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si llevaba las peores muestras de su colección de trabajos? A Álex la boca del estómago se le llenaba de mariposas sólo de pensarlo, mariposas grandes como helicópteros de una película de Vietnam. Y sin tomarse ninguna botella de algo.

Si superaba aquel primer escollo que era capaz de secarle la boca, a Álex le quedaba todavía el largo y agotador curso de la Saint Martins. Era un curso tan exigente que precisaba una total entrega de los alumnos: nada de hacer turismo o disfrutar del ocio de Londres mientras se estudiara en la Saint Martins. El problema era que Álex no podía permitirse dedicar toda la jornada al máster: la beca que le habían concedido sólo cubría el gasto de la matrícula. Para vivir en Londres tendría que encontrar un trabajo que pagara su alojamiento y manutención. Sabía que iban a faltarle horas en el día para hacer todo lo que debía hacer, pero estaba dispuesta a robar horas al sueño para aprovechar aquella oportunidad única. Nadie en su familia podía ayudarla: bastante tenían sus padres con sobrevivir cada mes.

Lo repentino de la concesión de la beca había provocado además que el viaje no fuera planeado. No tenía alojamiento más que para

los dos primeros días, en uno de los hoteles más baratos de la ciudad —si descontamos los bancos de Hyde Park—. Cuando llegara debería buscar algún lugar donde vivir el resto del año académico, pero antes tenía que resolver su entrada en la escuela y la búsqueda de un empleo que le permitiera quedarse en Londres.

Estaba aterrada por el año que se le avecinaba. Pero si se había enfrentado a una muchedumbre enfurecida podía enfrentarse a cualquier problema, pensó. No se encontraría con nada peor.

En algunas cosas, Álex Mata era encantadoramente ingenua.

Álex se sentó en su estrecho asiento de pasillo y cola y echó una mirada hacia el interior del avión. La tensión y los malos humos parecían haber desaparecido por completo para dar paso a un ambiente festivo, más típico de aquellas nostálgicas excursiones de su infancia que de un vuelo clase turista con destino a una cosmopolita capital del mundo.

Pero, claro, es que los aviones ya no son lo que eran.

Desde que muchas compañías aéreas habían decidido suspender el servicio de comidas, los viajes por el aire habían perdido todo su glamur. Por ejemplo, es imposible sentirse glamurosa cuando tu compañero de fila saca, nada más abrocharse el cinturón, un bocadillo tamaño XXL de atún en aceite, y remata la faena abriendo con pericia un par de latas. El olor a sardinas en aceite y mejillones en escabeche no tardó en invadir el espacio aéreo, sólo para unirse a los otros olores que desde hacía diez minutos pugnaban por predominar en el pequeño campo de batalla de la cabina del vuelo 1113. De momento, la pelea la estaba ganando un chorizo de Pamplona, pero había unos filetes rusos y unos pimientos rellenos que lo seguían muy de cerca.

—¿Quieres un poco? —le ofreció su compañero de asiento poniéndole aquel bocadillo apestoso bajo la nariz.

—No, muchas gracias.

—Es que a mí los viajes me abren mucho el apetito. Como las excursiones y las reuniones de trabajo.

Por la pinta que tenía, Álex estaba segura de que la lista de cosas que le abrían el apetito era mucho más larga y abultada y que incluía situaciones como ver la programación de la televisión pública, consultar las Páginas Amarillas y tricotar punto de cruz. De hecho, hablar, andar y respirar también debían de abrirle bastante el apetito dadas las dimensiones de su panza. Álex se quedó mirándolo demasiado tiempo, totalmente hipnotizada, mientras el hombre daba un par de enormes mordiscos a su bocadillo y lo masticaba trabajosamente. El tipo se dio cuenta y pensó que tal vez Álex estaba interesada en él y quería entablar conversación. Lo había leído un montón de veces en las novelas de Forsyth, Le Carré, Ken Follett, Vázquez Figueroa, Marcial Lafuente Estefanía y Murakami: un atractivo y soltero ejecutivo (él) trababa de pronto conocimiento en el avión con una bellísima mujer (ella). Luego venían planos secretos y logias masónicas, pero el caso es que el ejecutivo acababa acostándose con la bella. Él tal vez no era muy atractivo, pero ella sí cumplía su parte del papel, así que había que ser muy tonto para no aprovechar la ocasión y tirar el anzuelo. Y Celedonio Antúnez no era tonto; a lo mejor poco espabilado sí, pero tonto, no.

—Celedonio Antúnez —se presentó estrechando la pequeña mano de Álex con las suyas regordetas, pringadas del aceite vegetal del atún—, empresario exportador de tornillos del calibre número cinco. Para lo que guste, señorita.

Álex no dijo nada, así que el señor Antúnez prosiguió. ¿Era tal vez rusa? Él no hablaba ruso. Ni alemán ni inglés. Él sólo hablaba castellano y español basto.

—Celedonio Antúnez. Para servirla. A sus pies.

—Ah.

—Y... ¿su nombre?

Álex miró nerviosa a derecha e izquierda, agitando su melena con un gesto nada coqueto. No había escapatoria. Las luces que

anunciaban que era obligatorio abrocharse el cinturón de seguridad ya estaban encendidas y las azafatas procedían a comprobar que todo el equipaje de mano estaba en su sitio y a explicar a todos lo que había que hacer en caso de catástrofe aérea.

—Me llamo Alejandra, Alejandra Mata.

Y no dijo nada más. Pero eso no parecía un problema para Celedonio Antúnez, que había deducido ya que la señorita no era rusa y por tanto entendería todo lo que él dijese.

—Como por hambre y por nervios. No se imagina, señorita, lo terriblemente estresante que es ser empresario exportador de tornillos del calibre número cinco, y más cuando uno se trae entre manos una revolución tan ingeniosa y tecnológica como mi última novedad: el tornillo de calibre número cinco más ligero del mundo, fabricado en una aleación milagrosa de aluminio y cobre que...

Aquella escena, pensó Álex, se parecía a la de un telefilme: dos extraños se conocen en un avión, entablan conversación, se cuentan sus respectivas vidas y, de repente, uno de ellos es asesinado en los pequeños servicios durante el vuelo. El otro, ignorante de que su compañero fallecido acaba de pasarle una información valiosísima, un terrible secreto de Estado que puede salvar a toda la humanidad de una epidemia apocalíptica, es perseguido por una organización criminal por medio mundo. Desgraciadamente para Álex, aquel representante de tornillos tenía pocas posibilidades de ser asesinado en el cuarto de baño de al lado (a no ser que un grupo de terroristas ultrasecreto necesitase con urgencia un tornillo del calibre número cinco asombrosamente ligero para dar por acabada su maqueta de bomba atómica selectiva) y sí muchas posibilidades de estar dándole la murga hasta que aterrizasen en Heathrow. Tenía que ponerle punto final antes de que acabase enseñándole las diferencias entre un tornillo normal y un tornillo fabricado en una ligerísima aleación de aluminio y cobre.

—Nunca me han gustado mucho los tornillos —dijo Álex.

—¿Es más de clavos, señorita?

—No, en absoluto. Es que me dan alergia los tornillos —dijo, inventando sobre la marcha.

—¿También los de aluminio?

—Es por la forma, no por el material.

Celedonio Antúnez quedó callado, hondamente impresionado por el drama que vivía aquella simpática y bella señorita. Si él tuviera alergia a los tornillos... Bien, entonces su vida no habría tenido sentido en absoluto. Porque su vida eran los tornillos. Le daba pena aquella chica, que sufría hasta cuando oía hablar de ellos. Decidió cambiar de tema.

—Pues parece que se está nublando —dijo, señalando por la ventanilla—. Me recuerda mucho otra vez que cogí un avión, en el 87, con rumbo a Berlín. Entonces yo era un tierno infante y me acababa de iniciar en el mundo de la representación de tuercas y tornillos, pero ya sabía que aquello iba a ser una vocación para toda la vida...

Celedonio Antúnez no era capaz de mantener durante mucho tiempo una decisión. Álex cerró los ojos, mientras la voz de su vecino de asiento la arrullaba con datos sobre tornillería que tal vez sólo le servirían si alguna vez participaba en un concurso de la tele.

Una sacudida agitó todo el avión, despertando a nuestra protagonista de sus ensoñaciones. Diez filas delante de ella alguien chilló y varios niños empezaron a llorar.

Celedonio Antúnez, empresario exportador de tornillos del calibre número cinco, levantó la cabeza asustado y luego se concentró de nuevo en el pesado informe que tenía que presentar a la filial inglesa de La Casa del Tornillo. Otra sacudida volvió a sembrar el pánico.

—Esto es el fin.

—Esto es el final.

—Ahora es cuando el trasto este se raja por la mitad.

—Cuando la cabina hace pum.

—Tenía que haber atendido a la azafata cuando explicaba lo de la salida de emergencia en vez de mirarle las tetas.

—Y yo aún sin conocer el amor...

Alguien sacó una botella de vino y comenzó a pasarla para ver si el alcohol adormecía los sentidos o, con suerte, los anestesiaba. Un grupo de alpinistas *amateurs*, que se dirigían a Escocia a hacerse unos cuantos miles, se quitaron las botas y estiraron los dedos de los pies para relajarse (consiguiendo con ello anestesiarse a algún pasajero más). Celedonio Antúnez garrapateó rápidamente unas modificaciones sobre el informe de pérdidas de su compañía por su moría y no le daba tiempo a terminarlo. Las azafatas comenzaron a correr de un lado al otro del avión intentando calmar los nervios de los pasajeros.

—No es nada, sólo unas turbulencias.

—Una tormenta eléctrica muy gorda.

—Los rayos están por todas partes. Podrían incluso alcanzarnos.

—Si la cabina se despresuriza pónganse las mascarillas.

—Si caemos en picado pónganse los chalecos.

—¡Qué pena que muriera Leslie Nielsen!

—Los chalecos salvavidas no sirven para nada si caemos a tierra...

—Y las mascarillas dejarán de funcionar, además.

De repente, la cola del avión comenzó a menearse de un lado para otro como si un enorme gigante lo hubiese cogido y estuviese jugando con él. Entonces la gente se volvió loca: unos comenzaron a rezar, otros a lanzar proposiciones deshonestas y miraditas hacia los cuartos de baño y los más a desear con toda su alma que aquello no estuviese ocurriéndoles a ellos en realidad. Las turbulencias se hicieron más violentas y la luz de la cabina se fue. Sólo el resplandor de los relámpagos permitía ver las caras de pánico de los demás. El comandante, desde la cabina, lanzaba mensajes confusos sobre alti-

tudes, profundidades, monstruos marinos y porcentajes de catástrofes aéreas.

Cualquier persona supersticiosa habría pensado que Londres no quería precisamente dar la bienvenida a Álex Mata.

Cuando a las 22:21 aterrizaron en Heathrow, Londres, capital de Inglaterra, treinta pasajeros del vuelo 1113 de Iberia seguían desmayados, cuatro se habían vuelto locos, ocho se habían hecho un tatuaje y dos habían descubierto, por fin, el amor.

Álex desembarcó con la única idea de coger su maleta y su carpeta de trabajos y tomar un taxi hasta el hotel. Sólo quería tumbarse en una cama y dormir durante horas hasta olvidarse de aquel viaje eterno y agotador. El ruido de la cinta transportadora de maletas era como una nana que la arrullaba. Temía dormirse de pie. Se obligó a abrir bien los ojos. Con un poco de suerte su maleta y su carpeta de trabajos saldrían pronto y podría apresurarse.

A su alrededor, los otros pasajeros de su vuelo recogían sus equipajes. Algunos le decían adiós con la mano. Álex empezó a temer que su maleta no saliera nunca. Sintió un gran alivio cuando la vio aparecer al fin: verde lima, imposible no reconocerla. Cuando estuvo a su altura la sacó de la cinta transportadora y la puso a su lado. Ya sólo faltaba la carpeta de trabajos. Vio cómo aparecían más bultos, y el corazón le dio un vuelco cuando dejaron de salir; la puerta de la cinta transportadora se cerró.

No había ni rastro de la carpeta de trabajos.

Esperó, mordiéndose los labios, notando en su cabeza las mismas turbulencias que había sufrido una hora antes en el avión. Pero entonces Álex no había tenido miedo; ahora, sin embargo, el pánico estaba apoderándose de ella.

La puerta volvió a abrirse y la cinta se puso de nuevo en movimiento. «Por favor, por favor, por favor, que aparezca ahora», musitó. Pero, tras unos segundos, la cinta se paró y la puerta volvió a

cerrarse. La carpeta de trabajos no estaba. O alguien se la había llevado mientras Álex dormitaba junto a la cinta, o se había extraviado.

Álex no sabía cuál de las dos posibilidades era más terrorífica. Se tocó las manos nerviosamente, como si así pudiera solucionar algo, se acercó a la cinta, luego se echó atrás y miró en derredor por si veía a alguien con su carpeta. No había nadie.

—No puedo creerlo, no puedo. Es imposible.

Arrastrando la maleta, caminó hacia el mostrador de atención al cliente, pensando por qué le ha tocado a ella perder el equipaje. Podía haberle tocado a Celedonio Antúnez, el empresario del tornillo. Podía haberle ocurrido a él y lo único que habría perdido sería un montón de tornillos. Una maleta llena de tornillos y bocardillos de atún. No los habría echado en falta. O podría haber encargado más. En cambio, para ella la pérdida de la carpeta era poco menos que una tragedia. Se le ocurrió que tal vez se solucionaría rápidamente en el mostrador.

La empleada que la atendió la escuchó con atención mientras Álex relataba lo que le había pasado y hacía hincapié en lo importante que era para ella recuperar su carpeta. La empleada no le dedicó ninguna sonrisa, ni siquiera de cortesía. Ella también quería irse a casa.

—Ya sé que su carpeta es muy importante —dijo con voz átona—. Todo el mundo que pierde algo en un aeropuerto tiene la mala suerte de que es muy importante. Será que las cosas sin importancia no se pierden.

—Es que es importante de verdad, sin ella no voy a poder...

—En cuanto nuestros empleados la encuentren se la enviaremos a su dirección.

—No creo que esté mucho tiempo allí, es sólo un hostel provisional. Es que he tenido que hacer el viaje a toda prisa...

—Todos tienen mucha prisa cuando pierden algo, la gente sin prisa nunca pierde las cosas.

—Es que yo tengo prisa de verdad, si en dos o tres días no la recupero...

—En caso de pérdida irreversible, robo, desaparición total y absoluta o accidente e incendio se le reembolsará la cantidad de ciento veinte euros para sustituir los contenidos de dicha carpeta.

—¿Ciento veinte euros? Pero, señorita, el valor de esa carpeta es incalculable.

—Ya, ya me imagino —dijo la empleada con cara de estar pensando: «todos pierden cosas de valor incalculable»—. Pero eso es lo que la compañía está obligada a pagar. Debí contratar un seguro de viaje.

—Es que no es por el dinero. En esa carpeta viajaban todos mis trabajos de la carrera.

—Buen, entonces no será para tanto. Todos sabemos que hoy en día las carreras universitarias son una pérdida de tiempo y dinero.

—Pero ¿es que no lo entiende? —insistió Alex, desesperada, pero sin valor para abofetearla—. Tengo una entrevista muy importante para entrar en la Central Saint Martins de Londres y necesito mi carpeta de trabajos.

La empleada suspiró, como si pensara: «¿Por qué todos los clientes son igual de pesados? ¿Por qué todos se empeñan en hacerme la vida imposible y ponérmelo difícil? Si me dieran una libra cada vez que perdemos una carpeta de trabajos para la Saint Martins...».

—Comprendo que ahora se sienta engañada por el sistema, pero no puede hacer para catalizar toda su energía negativa —continuó ella, recitando con tono monocorde la respuesta que le habían enseñado en los cursillos de preparación para azafatas de Iberia—. ¡Oh! Qué sorpresa. Esto sí que es inesperado.

Álex se inclinó hacia delante ansiosamente mientras la empleada tecleaba en el ordenador. ¡Su carpeta! Sin duda era su carpeta. ¡Aún podía tener suerte! Debían de haberla encontrado.

—Es verdaderamente raro —dijo la empleada—. Siempre tardamos bastante en averiguar qué ha sido de los objetos perdidos, pero aquí está.

—¿Está aquí? —preguntó Álex con júbilo.

—No, aquí en Londres, no. Digo en el ordenador. Su carpeta está en Cincinnati.

Para Álex fue como si la hubiesen golpeado con un martillo gigante.

—¿Cincinnati? Pensaba que ni siquiera existía esa ciudad.

—Pues existe. Su carpeta ha sido facturada allí por error. No sé cuándo conseguiremos recuperarla. La única solución que puedo ofrecerle es que rellene estos tres certificados por triplicado, me dé todos sus datos y un número de teléfono. Ya la llamaremos.

Álex se aguantó las lágrimas, cogió un bolígrafo y se sentó, dispuesta a pasar media hora más rellenando papelotes.

EDITORIAL PLANETA, S.A.

2

Por la facha y el traje se conoce al personaje

A MENOS DE MEDIO KILÓMETRO de allí, las cosas eran muy diferentes en la sala VIP de la Terminal 1 del aeropuerto de Heathrow, Londres, Inglaterra. Para empezar, no había nadie llorando sobre un mostrador gris y deslucido porque, sencillamente, no había mostradores de ese estilo. Los de la elegante sala de espera eran cromados y estaban tan limpios y relucientes que podías retocarte el maquillaje mirándote en ellos. Además, nadie tenía que preocuparse de que su equipaje acabase en aeropuertos lejanos o manos equivocadas porque dichos equipajes (de cuero impoluto y normalmente de Louis Vuitton) eran tratados como ningún pasajero de clase turista sería tratado nunca. Eran equipajes que tenían servicio de bar *full time* y todos los cacahuetes gratis que quisieran. Y si alguna vez se producía algún retraso en el vuelo, los pasajeros, en lugar de recibir la noticia con decepción, lo celebraban porque eso suponía una ronda más de bourbon del caro y de canapés de salmón ahumado con *crème fraîche*. Las azafatas eran atentas y encantadoras y, realmente (pero realmente), escuchaban a los clientes (nunca se sabía quién era un soltero millonario dispuesto a enamorarse de una chica normal y corriente y salvarla de una vida de madrugones. O cuándo iba a aparecer una estrella del rock lo suficientemente borracha para vivir un intenso *affaire* con ellas y sacarlas del anonimato).

Pero aquella noche la sala VIP de la Terminal 1 del aeropuerto de Heathrow, Londres, Inglaterra, parecía bastante aburrida. A excepción de una mujer joven de aspecto cansado no había nadie más. Gail Brooks, porque ése era su nombre, miró por tercera vez su reloj y trató de concentrarse en los complicados vericuetos lega-

les de un caso que se traía entre manos. Gail Brooks: una abogada con cara de abogada y traje de abogada, de rasgos finos pero no excepcionales, que parecía concentrarse con la intensidad de un láser en los documentos que tenía en las manos. Cosa que es malísima para la tersura de la piel, como todo el mundo sabe.

Era muy tarde, estaba muy cansada y aún le quedaba mucho trabajo aquella noche. Llegar hasta el aeropuerto había sido una locura. En verano el tráfico de Londres se redobla y los atascos eran habituales en las entradas y salidas de la capital.* Gail suspiró y dejó los papeles a un lado.

—Ya basta por hoy —murmuró a nadie en particular. En muchas ocasiones hablaba sola, con esa siniestra costumbre que tienen los solitarios de ser sus propios confidentes.

Se recostó en el sofá de suave cuero color crema e intentó regalarse unos minutos de paz. Se los merecía, pensó. Llevaba todo el día corriendo de acá para allá, tratando de apagar miles de fuegos, respondiendo al teléfono sin parar y aguantándose las ganas de hacer pis. Aquello no era vida. Al menos, eso pensaba su riñón. Y encima, ahora aquello. Tener una reunión a salto de mata en el aeropuerto era lo único que le faltaba.

A pesar de su aspecto serio y trajeado, Gail sólo contaba veintisiete años. Pero está claro que ser una abogada de éxito no tiene por qué ser siempre garantía de llevar una existencia feliz, aunque te ayude bastante cuando el casero intenta colarte un contrato de alquiler abusivo o cuando un jefe mezquino trata de hacerte firmar un

* De hecho, los niveles de los últimos atascos habían sido tan tremendos que habían dado lugar a una gran cantidad de anécdotas, como el atasco en el que se había celebrado una liga de balón prisionero con varios torneos, otro en el que un padre había conseguido vender todas las papeletas para la rifa del viaje de fin de curso de su hijo y, también, aquel otro en el que varios conductores se habían puesto de acuerdo para constituir la Asociación Nacional de Amantes de los Animalitos de Papel Maché.

contrato que te obliga de por vida a llevarle la ropa al tinte, recogerle el coche del mecánico, hacer de cocinera en sus fiestas privadas y acompañarlo en sus borracheras cuando se siente solo y aburrido. O cuando quieres darte de baja de una compañía de teléfono móvil o de Internet (en esos casos, también es útil tener un doctorado en leyes, una licenciatura en lingüística aplicada y un primo mafioso que te ayude). Pero en la vida hay más cosas, ¿no? Gail había estado demasiado concentrada primero en sus estudios y luego en su carrera para atender en serio su vida privada. Últimamente, sólo había conseguido iniciar una conversación en la cola del supermercado —sobre lo gris que se había puesto el cielo en la última media hora— y en el escenario de un grave accidente de tráfico —sobre lo peligroso que es conducir con lluvia y lo gris que estaba el cielo—. ¿Es que no había otro tema de conversación?, pensó. Quizás debería aficionarse al fútbol. O a la cocaína. O mudarse a un país donde hacer amigos fuera mucho más fácil. Le habían contado que si entrabas en cualquier pub de Irlanda lo más probable era que salieses cantando cualquier tontería relacionada con un duende y abrazada a algún viejo del lugar que te hacía los coros. Aunque, puestos a elegir, prefería un lugar menos lluvioso y más soleado. Como España. Se comentaba que allí la gente era muy abierta y dicharachera.

—También muy ruidosa —añadió para sí cuando un escandaloso grupo de españoles uniformados, seguramente pilotos de Iberia, entraron en la sala VIP escoltando a una imponente chica rubia de risa argentina. La chica pasó resuelta por delante de Gail, sin dirigirle ni una mirada, y se sentó con gracia en uno de los sofás. Su séquito la rodeó después de descargar su elegante equipaje de piel blanca a sus pies. Gail no pudo ocultar su admiración. Aquella chica era su antítesis. Por eso estaba rodeada de guapos oficiales y ella no. Por eso ella reía sin parar por cualquier bobada que le decían y Gail no. Por eso se comportaba como la mujer más bella del mundo y Gail se sentía como el patito feo. Pero había muchas cosas que diferenciaban a Gail de una sevillana como Macarena Vega Candom.

Para empezar, que Macarena nunca, nunca, nunca empezaría una conversación hablando del tiempo.

—¡Y para colmo está lloviendo!

Sí, era cierto. Álex Mata refunfuñaba para sí. Con esa costumbre siniestra de los solitarios. Tenemos que perdonarla porque no estaba teniendo un día fácil.

En general, la vida de Alejandra Mata no era un camino de rosas: a menudo le devolvían el cambio en montones de monedas de cinco céntimos, las medias se le llenaban de carreras al minuto de ponérselas y provenía de una familia de don nadie que no podían enchararla en ningún trabajo de provecho.

Pero aquél muy bien podía estar entre los peores tres días de su vida.

Le habían aconsejado que tomara el tren, pero no se sentía con fuerzas. Cogería un taxi —un carísimo taxi— hasta el centro de Londres. Se lo merecía; después del duro vuelo y del asunto de la pérdida de la carpeta, se lo merecía. ¡La pérdida de la carpeta! Veía una y otra vez el momento en que entregaba la carpeta cuando facturaba. Había seguido el mismo camino que su maleta. Y luego la carpeta se había ido a Cincinnati. No a Manchester o Liverpool o Stratford On Avon. Cincinnati. Tendría que haberla llevado en mano, haberla subido a la cabina, se dijo de nuevo. No se había tomado la molestia porque era muy voluminosa. El Destino la había castigado.

No quería desanimarse. Todavía había una posibilidad de recuperar la carpeta antes de la entrevista en la escuela. En caso contrario... Bien, tendría que pensar en algo. Pero no podía llorar por la leche derramada. Lo más importante en aquel momento era buscar un taxi y refugiarse de la lluvia que arreciaba más y más.

Es curioso que los esquimales tengan más de cincuenta palabras para describir la nieve y los londinenses sólo tengan una para descri-

bir la lluvia. Porque la lluvia e Londres puede adoptar múltiples y originales variedades: lluvia fina, lluvia espesa, lluvia tropical, lluvia fuerte, lluvia con mala baba, lluvia de contaminación, lluvia helada, lluvia lluvia, lluvia a medias, lluvia agua-nieve, lluvia granizo... En aquel momento tocaba lluvia absurda, esa que parece que no cae pero cae y te deja el pelo hecho un asco. Cuando tu pelo es una mata castaño oscuro de importantes dimensiones con tendencia a ondularse a la mínima como la de Álex, esa lluvia no presagia nada bueno.

—Esto no presagia nada bueno.

Presagiaba una estancia en Londres dominada por largas facturas de acondicionadores y espumas para el pelo alisantes. ¡Como si no fuera a tener ya suficientes dificultades para llegar a fin de mes! Recorrió la pasarela y entró en el primer taxi de la cola con su maleta a cuestas. El taxista estaba leyendo el periódico *The Sun* en la oscuridad. Se volvió hacia ella, cerró el inmenso periódico y habló:

—*Guachi, guachi, guachi gua?*

—¿Eh?

—*Guachi, guachi, guachi gua?* —repitió con paciencia y mucho más lento, como si estuviera acostumbrado a aquello. Pero Álex seguía sin entender nada en absoluto.

Aquel hombre hablaba en un extraño y desconocido dialecto para ella. Quizá era extranjero también, pero de un país mucho más extranjero. Quizá sólo estaba borracho. O era gangoso. Todo muy tranquilizador.

Álex había estudiado inglés durante cinco años en la Escuela Oficial de Idiomas y estaba orgullosa de haber obtenido el TOEFL. A lo mejor era todo un engaño y ella no sabía hablar inglés, sino rumano. Y estaba haciendo el ridículo con el taxista. E iba a hacerlo un millón de veces en Londres. Pero con la empleada del mostrador había hablado en inglés. Y se habían entendido. Cincinnati.

—*Do you speak English?*

—*Guachi, gua.*

Aquello podía ser un sí y podía ser un no. El caso era que lo había dicho con una sonrisa y había puesto el coche en marcha.

—*Would you mind taking me to this address, please?* —insistió ella mostrándole una tarjeta con la dirección del hostel.

—*Guachi guachi gua, guachi, guachi, gua, guaaaaaa.*

Tragó saliva nerviosa. Todos aquellos años estudiando idiomas no servían para nada si a la primera de cambio se montaba en un taxi inglés y no entendía nada de lo que le decían.

—*I don't understand* —explicó—. *I'm from Spain.*

—Ah —asintió el taxista como si aquello lo explicara todo—. *Guachi, guachi, guachi, gua.* Real Madrid.

Eso lo había entendido.

—*Guachi, guachi, gua. Guachi, guachi, sandwich.*

Perfecto. Acababa de entender la palabra *sándwich*. ¿Cuántas conversaciones podría mantener en aquella ciudad usando sólo palabras referidas a deportistas españoles y la palabra *sándwich*? Pocas, sólo las que se centraran en los hábitos alimenticios de Rafa Nadal o Fernando Alonso.

Conduciendo bajo la lluvia, el taxista seguía hablando interminablemente, sin esperar respuesta. Álex se adormeció con su charla constante e incomprensible. Cerró los ojos. Cuando los abrió no sabía cuánto tiempo había pasado.

—*Guachi, guachi, gua. Guachi, guachi. Guachi, guachi, gua. Guachi, guachi. Guachi, guachi, gua. Guachi, guachi. Guachi, guachi, gua. Guachi, guachi. Guachi, guachi.*

Empezó a inquietarse y se dejó llevar por la imaginación: a lo mejor el taxista estaba amenazándola. O preguntándole sobre su salud para ver si podía sacar provecho económico de sus órganos.

—*I like to smoke and drink like hell* —dijo, por si las moscas.

Quizá no estaban de camino hacia un hostel de Londres sino hacia un tugurio o un club de alterne de carretera. Se echó a temblar. Había cometido un error de principiante tras otro: no había anotado la licencia del taxi, no llevaba móvil, no sabía el número de la policía inglesa... Estaba perdida. Las premoniciones de su madre

(inducidas por sobredosis de ver demasiados viernes *Sucedió en Valladolid*) iban a hacerse realidad. Por un momento se le pasó por la cabeza la idea de saltar del taxi en marcha, pero un vistazo a su alrededor la ayudó a desecharla. El taxi había enfilado una calle más estrecha, oscura y tenebrosa que las demás, una calle sacada directamente de la imaginación de Wes Craven, una calle en la que a nadie le habría apetecido nada, pero nada, quedarse solo. Justo la calle en la que se paró.

—Mierda, mierda, mierda.

Ahora era cuando aparecía la banda de traficantes de órganos y la secuestraban. O cuando el taxista la introducía en el club de alterne para convertirla en una esclava de por vida. O, simplemente, le quitaba todo lo que tenía y la dejaba allí tirada en los bajos fondos londinenses. La parte buena era que no podía quitarle la carpeta de trabajos.

—*Guachi, guachi, gua. Guachi, guachi. Guachi, guachi, gua. Guachi, guachi. Guachi, gua. Guachi, gua. Guachi, guachi.*

—¿Eh?

El taxista la miró, muy serio, una luz siniestra bailándole enloquecida en los ojos.

—*Guachi, guachi, gua. Guachi, guachi. Guachi, guachi, gua. Guachi, guachi. Guachi, gua. Guachi, gua. Guachi, guachi.*

—*Sorry*—comenzó a sollozar, asustada—. *I don't have money or valuables at all. I'm a very, very very poor girl, so please, don't kill me.*

A pesar de que se esforzó por no llorar, las lágrimas le nublaron la vista, pero entonces algo llamó su atención. Resplandeciendo en la oscuridad de la calle podía leerse el siguiente letrero luminoso:

HIBERNIAN HOSTEL

La luz siniestra de los ojos del taxista provenía del letrero del hostel. Álex respiró aliviada. Luego miró el barrio en el que estaba y se le volvió a cortar la respiración.

El Hibernian Hostel parecía la filial inglesa del motel Bates o la sede de los mafiosos traficantes de órganos. No sólo porque estaba situado en medio de la zona más sórdida de Londres, en la calle más oscura y sucia de todo el distrito, justo al lado de la sede del Sindicato de Asesinos Criminales y de una casa de apuestas ilegales. No sólo porque la fachada estaba terriblemente deteriorada, la pintura descascarillada, los cristales de los ventanales rajados, las farolas destrozadas a pedradas y los contenidos de los cubos de basura esparcidos por el pequeño jardín delantero. No sólo por la fuerte lluvia que azotaba las contraventanas de madera destrozada y el viento que emitía quejidos. Era algo más. Algo tétrico y espectral que lo inundaba todo.

—No puede ser verdad —se dijo Álex.

—*Guachi guachi gua gua gua* —asintió el taxista dándole la razón, como diciendo: ya te lo había dicho. Que era lo que había dicho, aunque Álex no se hubiera enterado.

—A lo mejor no es tan malo como parece.

—*Guachi, guachi, gua.*

—Pues vaya.

No había otra opción. Por lo menos para aquella noche. Era tarde, era temporada alta y los hoteles baratos de Londres estaban completos. Si no quería quedarse en la calle tendría que apechugar con la reserva. Pagó al taxista y se despidió de él con un gesto de agradecimiento. El hombre se enjugó los ojos emocionado, como si fuera un padre primerizo que enviaba a su hija a las colonias.

Salió del taxi arrastrando su pequeña maleta y, bajo una lluvia inclemente, cruzó corriendo el camino que llevaba hasta la puerta de entrada del hostel. Todo estaba mugriento, salpicado de restos de materia orgánica y de muebles rotos. Dos solitarias ratas rebuscaban entre la basura mientras vigilaban por turnos a su alrededor. Uno no podía confiarse en una calle como aquélla, aunque uno fuera una rata sucia y pestilente portadora de mil enfermedades. Ni eso podía salvarte si te cruzabas con el Tipo Equivocado. El Tipo Equivocado

debía de estar haciendo algo importante en otro sitio porque tanto las ratas muertas de miedo como Álex seguían con vida. A pesar de que sus orígenes eran humildes, Álex jamás había estado en un lugar como aquél, tan siniestro, sucio y abandonado. Era como el Fin del Mundo. Al cabo, tras unos segundos de dudas, alzó la mano y llamó al timbre. Un sonido espeluznante rompió el silencio de la noche.

Esperó un minuto, dos. Pero nada.

Volvió a intentarlo.

Nada tampoco.

Tragó saliva nerviosa y decidió pasar a la acción. Quedarse en la entrada era mucho peor que pasar al interior de aquel terrible edificio, ¿no? ¿No? ¿No? Lentamente empuñó el pomo de la puerta. Se abrió sola con un desagradable chirrido. En el interior del Hibernian Hostel reinaba la oscuridad.

—¿Hola?

Avanzó unos pasos hacia el interior.

—¿Hay alguien ahí?

Y entonces se dio cuenta de que estaba hablando en castellano, probablemente por culpa de los nervios, y que a lo mejor ésa era la razón por la que nadie contestaba. Así que cambió al inglés.

—*Hello? Anybody out there?*

Se internó más en la oscuridad del Hibernian Hostel. Si, de nuevo, hubiera sido la protagonista de una película de miedo, aquél habría sido el momento perfecto para que el asesino en serie/zombie enloquecido/vampiro chupasangre atacase. Aunque ella no fuese rubia ni llevase bikini. Como aquello era la realidad, la cosa se puso mucho peor.

Porque en la oscuridad del vestíbulo del Hibernian Hostel estaba esperándola la señora Nolan.

—Gail Brooks, la mejor abogada a este lado del Támesis.

Gail Brooks casi se atragantó con su té. No esperaba escuchar

aquella voz allí. En la sala VIP del aeropuerto de Heathrow a las once en punto de la noche. De hecho, no esperaba escuchar aquella voz en ningún lugar de Londres, Inglaterra y sus inmediaciones. Pero no había ninguna duda. Su Cliente con mayúsculas estaba allí otra vez, delante de ella: había regresado a casa.

—¡No puedo creerlo! —musitó, asombrada, y luego se levantó y lo abrazó llena de emoción—. Eres tú. ¿Desde cuándo estás aquí? ¿Cuándo has vuelto? Creía que me reuniría con tu subdirector general. Podías haberme dicho que venías tú en persona.

¿Qué pasó con la OPA? ¿Por qué no me mandaste ningún informe sobre el asunto Kerrington? ¿Y la recompra de acciones? ¿Fue bien? No puedo creerlo. Estás aquí. Estás más delgado. Te sienta bien.

Lo había echado de menos. Era su cliente pero sobre todo su amigo desde hacía años. Uno de los pocos que le quedaban de aquella época en la que lo único que importaba era jugar y disfrutar de la vida. Se apartó y miró aquel rostro tan querido. David Rees-Hamilton. Tan guapo, tan sonriente, tan encantador. El millonario más atractivo de Inglaterra. Y allí estaba con su sonrisa irónica de dientes perfectos, los ojos brillando de buen humor, el mechón de pelo medio desordenado que volvía locas a millones de mujeres. Su amigo de la infancia y su cliente.

—No puedo dejarte solo ni un momento, David —dijo una voz de mujer, a su lado—. ¿No te enseñaron que no hay que hablar con desconocidas?

Gail miró a la mujer que acababa de hablar. Era, tenía que haberlo sabido sin mirar siquiera, una de esas mujeres que David Rees-Hamilton se complacía en coleccionar, una chica de cara de porcelana y curvas imposibles que los hombres veían a menudo en las revistas. A Gail le sonaba su rostro. Una modelo rusa o ucraniana o algo.

—En realidad —dijo con altivez— no soy una desconocida.

—No lo es —dijo David Rees-Hamilton ampliando aún más su sonrisa—. Gail es una de mis mejores amigas. La mejor. Hacía

mucho que no nos veíamos. Los viejos camaradas vuelven a estar juntos.

Gail fue consciente de cómo los ojos de la modelo se entrecerraban un segundo, evaluándola, primero, descartándola como rival, después. Las mujeres como ella nunca se fijaban en mujeres como Gail.

—Tienes que perdonarme, Gail —prosiguió David, haciendo caso omiso de la modelo—. La delegación americana me secuestró y me costó varios meses quitármelos de encima, y luego el asunto Kerrintong me tuvo de cabeza durante semanas y...

—¡Podías haberme llamado! ¡Podías haber pedido mi ayuda! ¡Soy tu abogada, por el amor de Dios! Sabíamos que sería tu abogada desde mucho antes de que las abogadas se pusieran de moda gracias a Ally McBeal y llevaran minifaldas cortísimas.

De verdad, tenías que haberme llamado.

—Gail, no quiero que te metas en ese tipo de aguas pantanosas...

—¿Por qué no? Para eso estoy.

—No, tú no tienes por qué pagar las consecuencias de mis meteduras de pata. Me basta con que pagues mis fianzas.

—¿Tus fianzas? ¡Qué imbécil! ¡Venga ya! Llevo demasiado tiempo trabajando para vosotros para no saber qué trapos sucios esconden el clan, como, por ejemplo, que a ti nunca te pedirían una fianza. Eres demasiado rico y famoso para que la policía de este país se atreva a meterte en chirona.

La modelo bostezó. Se levantó como una gata.

—Mientras seguís hablando de vuestras cosas, voy un momento al servicio.

Se alejó y los dos le miraron el culo: Gail sabía que nunca tendría un culo ni unas piernas como éstos. David contempló su contoneo.

—Vaya conquista. ¿Cómo se llama ésta?

—¿Me creerías si te dijera que no lo tengo muy claro? Es Natalia o Irina, algo así.

—Pero ¿desde cuándo la conoces?

—Tres o cuatro días.

—¿Y su nombre nunca ha salido en la conversación?

David Rees-Hamilton y su sonrisa encantadora de dientes perfectos, la sonrisa de un lobo seductor.

—Hemos estado ocupados en otras cosas, no en conversaciones.

Gail Brooks notó cómo el rubor invadía sus mejillas. Era desagradable pensar en esa faceta de la personalidad de David: sus ejercicios gimnásticos con mujeres de medidas perfectas. A él, en cambio, le encantaba sacar el tema porque sabía que a ella la azoraba. Decidió contraatacar con sorna.

—¡Así que tres o cuatro días nada menos! Puede que estemos ante un caso de amor verdadero...

David se rió, de buen humor.

—Tal vez, tal vez. Esto hace más necesario que nunca que averigüe su nombre.

—¿Quieres que lo averigüe yo?

—Bueno, ya que estás aquí... Pero, en fin, en realidad quería verte por otra cosa. No entra en tus funciones exactamente, pero...

—Pero sabes que lo haré.

—Porque eres la única que me aguanta.

—Obligada. No tengo más remedio que aguantarte porque se lo prometí a tu abuela, ¿recuerdas?

—Nunca lo olvidaré —aseguró él.

De repente se quedó callado. Durante unos eternos segundos ninguno de los dos dijo nada. Como si hubiera pasado un ángel o algo así. Aquello era realmente extraño, ese tipo de cosas que te ponen los pelos de punta.

—Perdona, no quería recordarte a tu abuela, he sido muy torpe.

—No pasa nada, Gail; en el fondo me alegra que hayas sacado el tema porque necesito pedirte un favor relacionado con ella.

—¿Qué favor?

—Es sobre la casa.

—¿La casa? ¿La de Grosvenor Square?

—Sí. Su casa. Bueno, mi casa.

—¿Qué pasa con ella? No me digas que la Comisión de Patrimonio insiste en que pertenece a la reina y no a ti.

—No, eso ya está solucionado. Es sobre el mantenimiento de la casa.

—¿El viejo Wilder acepta ayuda al fin?

—He despedido a Wilder.

La noticia cayó como una bomba.

—¿Que has...? —se escandalizó Gail—. No puedo creerlo. Si prácticamente la casa es suya. Es el único que la ha cuidado y mantenido como estaba desde que ella murió.

—Lo sé, lo sé. Pero el viejo Wilder se merecía la jubilación. Lo único que he hecho ha sido liberarlo de toda responsabilidad. No se merece pasar el resto de sus días limpiando la plata centenaria de una casa en la que no hay nadie para usarla, ¿no crees? Además, la rodilla estaba dándole muchos problemas y ya sabes cómo es la vida en una mansión de esas características: lo que estás buscando siempre se encuentra cuarenta y tres escalones más arriba. O treinta y cuatro más abajo.

—De sobra sabes que vivo en un apartamento diminuto, como el resto de los mortales.

No tengo ni idea de cómo es vivir en una casa así.

—Ja, ja, ja. Perdona. A veces me olvido de que los demás no tienen la suerte que tengo yo de pertenecer a la *jet-set* internacional y frecuentar ambientes de lujo un día sí y otro también.

—Eres muy gracioso —repuso Gail con una sonrisa menos gélida de lo que pretendía—. En fin, ¿qué tengo que hacer?

—Una fruslería de nada.

—Tú y tus fruslerías de nada. Ya me lo imagino. Has decidido desmantelar todo el sistema de tuberías de principios de siglo y

necesitas a una prima que se quede en Londres para supervisar a dos fontaneros poco dispuestos a trabajar y mucho menos a acabar la obra en el tiempo prometido. O, aún mejor, has decidido remodelar la casa entera y has contratado a una tropa de incompetentes albañiles extranjeros, y necesitas que alguien les chille durante horas mientras ellos responden en un inglés que sólo un crío de tres años utilizaría.

—Frío, frío... Aunque lo de extranjeros podría ir bien encaminado.

—Miedo me da.

—No tengas miedo. Tú nunca has tenido miedo de nada. Por eso eres mi mejor amiga. No habrá albañiles ni fontaneros implicados, te lo prometo. A no ser que tú decidas darle el ático a uno de ellos, claro.

—¿Darle el qué?

—El ático —aclaró David Rees-Hamilton llegando al fin al meollo del asunto—. He decidido alquilar el ático de Grosvenor Square.

Gail dejó la taza de té en la mesa y se irguió sobresaltada sobre su asiento.

—¿Me ha parecido oír lo que he oído? ¿Acabas de decir que quieres alquilar parte de Grosvenor Square? Pero... —estalló—, ¿a quién? ¿Para qué? ¿Con qué razón? Alguien como tú no necesita alquilar parte de una mansión. El dinero te sale por las orejas y si fumaras utilizarías los billetes de una libra para encender los cigarros.

—Jamás haría eso.

—Ah, ¿no?

—No, usaría los de cinco libras, que para eso soy *muchimillonario*.

—No bromees, por favor. Este asunto es muy serio. La casa de Grosvenor Square es la casa de tu abuela. Es una joya repleta de joyas. ¿Cómo vas a meter a desconocidos allí? ¿Qué pasará con los cuadros? ¿Y los muebles Chippendale? Te recuerdo que sólo la vajilla y su colección de porcelana están valoradas en...

—Lo sé, lo sé. Pero tú sabrás quién cuidará de todo ello.

—¿Que yo qué?

—Sí, Gail. La persona que se quede a vivir en Grosvenor Square lo hará a cambio de hacerse cargo de la casa, mantenerla limpia y ordenada y cuidar las pertenencias. Una especie de guardés-alquilado de lujo.

—Como hacía Wilder.

—Como hacía Wilder. Pero sin que suene algo y no sepas si rechinan las tuberías o sus rodillas.

—Pero ¿para qué necesitas meterte en este lío? Puedes contratar a una empresa de limpieza y mantenimiento para que vayan allí de vez en cuando, ¿no? Si quieres, yo me encargo. En Londres debe de haber miles de empresas de limpieza que limpian mansiones deshabitadas como la tuya. Puedo seleccionar una. Entran, limpian y se van.

—No. —Se quedó pensativo sopesando si contarle a su querida amiga toda la verdad. Había cosas que eran realmente difíciles de explicar y ni siquiera él estaba del todo seguro de por qué estaba haciendo lo que estaba haciendo—. Mira, Gail, no quiero que la casa esté vacía. Cuando vivía mi abuela, Grosvenor Square estaba siempre abierta a los visitantes. Siempre llena de gente riendo, tomando el té o que simplemente había pasado a saludar. Tendrías que verla ahora: todos los muebles están tapados con sábanas y las cortinas están echadas para que la luz no estropee los tapices. Wilder la ha cuidado muy bien durante todos estos años, pero la casa está muerta, Gail. Como mi abuela. Y no quiero que esté así. Quiero que vuelva a estar llena de vida, de gente que disfrute de ella. Seguro que mi abuela lo habría querido así. Lo sé.

A Gail empezó a dolerle la garganta de la emoción. David estaba serio, mortal e inusualmente serio. La Abogada de Acero decidió cortar la escena por lo sano, antes de que bajaran la pendiente de los recuerdos y ambos empezaran a llorar.

—Así que has decidido que unos vándalos la invadan.

—Sería divertido: Jornada de Puertas Abiertas para Vándalos —dijo él, cogiendo al vuelo la oportunidad de volver a ser frívolo—. Ya me imagino el eslogan publicitario: «Si por donde caminas no crece la hierba, ven a visitarnos. Nos ahorraremos pasar el cortacésped». Ja, ja, ja.

—No sabes lo que estás haciendo.

—¡Menuda novedad!

—Lo digo en serio. Esto no es como fusionar empresas o crear un *holding*. Esto va en serio. Esa casa es legendaria, es una obra de arte... No puedes ir...

—Claro que voy en serio.

—¿De verdad? ¿No es otra broma de las tuyas? ¿De verdad quieres que busque huéspedes para Grosvenor Square? ¿No estarás grabando esta conversación para enviarla a algún programa absurdo de televisión? ¿Va... vas en serio?

Y se quedó callada esperando que en cualquier momento él se echara a reír como un loco y le confesara que todo aquello era una absurda broma sin gracia. Pero no.

—Voy en serio. Y estoy seguro de que conseguirás los mejores huéspedes que un casero pueda desear: limpios, responsables, silenciosos y con un máster en restauración de antigüedades. Pero jóvenes, llenos de vida. No quiero un muermo en casa, quiero que el que la habite esté tan vivo como lo estaba la casa, como lo estaba mi abuela. —Pareció que a David se le volvía a quebrar la voz, pero se rehízo—. Tú lo conseguirás.

—¿Cómo lo sabes? Deberías hacerlo tú. ¿Cómo sabes que voy a elegir bien?

Oyeron el taconeo de Irina o Natalia, que volvía, sus pasos como tambores de guerra, a tomar posesión de sus derechos como acompañante oficial de David. Ambos la vieron acercarse, espléndida, exuberante, una pantera rusa. David miró a Gail.

—Porque te conozco, Gail. Y tú nunca te dejas engañar por las apariencias.

Y no podía ser más cierto. Si había algo que Gail Brooks sabía hacer era no dejarse engañar por el aspecto de los demás.

La señora Nolan podía haber sido una de esas ancianitas que salen en las novelas de Stephen King empuñando un cuchillo con una mano y tricotando con la otra, pero la verdad era que sólo se trataba de una escocesa con un carácter de mil demonios, miembro honorario de la Cofradía del Puño Cerrado, y en su mano no había ni cuchillos ni agujas de tricotar, sino un Martini triple seco. A la señora Nolan le gustaba relajarse al final de un duro día con una copa.* Pero eso era algo que Álex aún ignoraba. Tampoco sabía que antes de dirigir el Hibernian Hostel había sido la directora de un psiquiátrico de gestión privada y del Centro Nacional de Estudios del Macramé, y la sacerdotisa de una organización ultrasecreta que practicaba extraños ritos ancestrales. Si Álex hubiera sabido todo aquello, quizás no habría intentado entablar una conversación.

—Hola, buenas noches —saludó en inglés. Esperaba tener más suerte con la dueña del Hibernian Hostel que con el taxista.

—¿Quién anda ahí?

Oyó una serie de pasos vacilantes y vio una especie de cómoda gigante dirigirse hacia ella con un Martini triple en la mano. Luego, alguien encendió una lámpara. Una débil luz amarillenta iluminó parte del vestíbulo. Lo que fue una pena. De haber iluminado el vestíbulo entero Álex habría podido ver que aquel suelo había vivido tiempos mejores (en la fábrica de suelos), que las cortinas estaban pidiendo a gritos un lavado (y también un poco de piedad) y que los muebles habían trabajado como extras en una película de terror (una película de terror para decoradores e interioristas), y

* Si por un duro día entendemos fisgonear entre las pertenencias de sus huéspedes y sisar todo lo posible.

habría podido actuar en consecuencia huyendo de allí. En cambio, sólo vio a la señora Nolan en bata de *boatiné* y con cara de malas pulgas.

—Hola —repitió en su inglés más ortodoxo—. Me llamo Alejandra Mata y tengo una habitación reservada.

La señora Nolan no se dejó impresionar por aquellos modales tan correctos. Llevaba tantos años ignorando los modales en general que ya ni siquiera era capaz de reconocerlos. Y aunque lo hubiera hecho, sabía de sobra que hoy en día tener modales no significa nada. Eso sí: la miró varias veces. De arriba abajo. De abajo arriba. Vuelta a empezar.

Echó un vistazo descarado a la maleta. Luego, volvió a mirar. De arriba abajo. De abajo arriba.

—*Guachi guachi gua* Alejandra Mata —dijo con una voz tan áspera como el bigote que lucía.

—¿Eh?

—Que no recuerdo a ninguna Alejandra Mata —repitió lenta y pausadamente, como si estuviera hablando con una tonta. Aquella mujer era desagradable, arisca y muy antipática, pero, al menos, Álex la entendía.

—Hablé con ustedes. Llamé la semana pasada.

—Yo no recuerdo haber hablado contigo.

—Es cierto. Hablé con un señor y me dijo que no había ningún problema, que la reserva quedaba hecha.

—¡Ah! —gruñó la señora Nolan—. Hablarías con Tom. Ese palurdo inútil...

Se calló consumida por el resentimiento, y dio un sorbito a su copa. Luego, volvió a dirigirse hacia la chica y su mirada de odio contenido habría paralizado el corazón de quien la viera:

—Lo he despedido, ¿sabes? Estaba harta de él. No tenía visión empresarial ni lo que hay que tener para dirigir un negocio como éste.

A lo que se refería la señora Nolan exactamente era a que el tal

Tom se había negado a desvalijar las habitaciones de los clientes mientras éstos desayunaban, a reciclar la mantequilla que no usaban de sus tostadas para cocinar y a defraudar en la declaración de la renta, pero era algo que Álex entonces no podía ni imaginar, porque era una chica de naturaleza bondadosa y positiva y solía pensar siempre lo mejor del prójimo. Aunque no tardaría en enterarse de lo mezquina que la señora Nolan podía llegar a ser.

—¡Cuánto lo siento! —dijo para intentar congraciarse.

—Sí, todos decís lo mismo.

—Pero ¿qué voy a hacer? No tengo ningún sitio adonde ir, estaba segura de haber hecho aquí una reserva y...

—Ése no es mi problema.

—Ya, pero ¿no podría usted...?

—Esta misma tarde he alquilado la última habitación que me quedaba libre.

—Pero... tiene que haber alguna opción. Por favor.

—Bueno —dijo ella de repente, cambiando de opinión—, quizá quieras quedarte en la habitación número trece.

—¿La habitación número trece?

—Sí, no sé por qué nadie quiere quedarse en la habitación número trece.

Supersticiones estúpidas.

En realidad, los huéspedes del Hibernian Hostel no querían aquella habitación porque daba al patio trasero, que atravesaban las vías del tren.

—Bueno, si es la única libre...

—Perfecto —la señora Nolan levantó su mano como movida por un resorte—: son cincuenta libras semanales.

—¿Cincuenta? Tom me dijo que el precio semanal era cuarenta.

—¿Entiendes por qué está despedido? No tenía visión comercial. Cincuenta o nada.

—¿El precio incluye el desayuno?

—Sí, pero desayuno continental. Nada de desayunos ingleses.

Álex titubeó. Dados sus escasos recursos económicos, había contado con llenarse bien el estómago cada mañana con un potente desayuno inglés para así no tener que gastar dinero en la comida de mediodía.

—Hummmmmm.

—Venga, que tengo mucho que hacer —espetó con dureza, como si ponerse otro Martini triple seco fuera una dura tarea.

Álex lo pensó algo más. Era tremendamente injusto, pero no iba a cavilar sobre eso ahora. Ya había tenido suficientes emociones ese día. De momento debía solucionar su estancia de aquella noche y al día siguiente haría todo lo posible por salir de allí.

—De acuerdo, me la quedo.

—Son cincuenta libras.

—Ya lo sé.

—Por adelantado.

Le parecía un abuso, pero sacó cinco billetes de diez libras y se los tendió. Como una prestidigitadora, la mujer los hizo desaparecer con un hábil movimiento de la mano. A cambio, le entregó una llave grande y pesada, más digna de abrir la mazmorra de un castillo abandonado que una habitación de un hostel de Londres.

—Que tengas felices sueños —dijo a modo de despedida.

Álex asintió con la cabeza, cogió la maleta del suelo y comenzó a subir lentamente las escaleras que llevaban al segundo piso del hostel. Algo le decía que no podría conciliar el sueño en un sitio así.

Ya no digamos tener felices sueños.

El señor Smith, de Loansline Road, se levantó como cada mañana temiéndose lo peor y, como tenía también por costumbre, bajó corriendo las escaleras hasta la puerta de la entrada. Lo que imaginaba: alguien había cambiado otra vez su botella de leche entera por un cartón de leche desnatada. A continuación volvió a su dormitorio.

rio indignado, cogió el teléfono y, en lugar de llamar a Scotland Yard o al *Times*, dejó un par de mensajes anónimos en el contestador automático de Gaiteros sin Fronteras.

A veinte kilómetros de allí, Nelson McMuddy se despertó de un humor de perros, como era usual en él. Sabía que tras la luz encendida del contestador automático se escondían dos o tres o cuatro llamadas anónimas; llevaba semanas recibiendo mensajes injuriosos que no parecían tener otro objetivo que desquiciarlo. Esas llamadas lo sacaban de sus casillas: sólo se calmaba si se tomaba una gran taza de té y daba un largo paseo hasta un jardín pulcramente cuidado. Allí la emprendía a patadas con los macizos de flores hasta que los destrozaba. Luego, de mucho mejor humor, recorría el camino de vuelta a su hogar para seguir tomando té. Seis kilómetros al este, Murray Wilkinson volvía a casa. Llevaba despierto sus buenas tres horas porque el más leve indicio del amanecer lo despertaba. Así que se levantaba y, llevado por un extraño impulso, recorría media ciudad, birlaba un litro de leche entera y dejaba en su lugar un cartón de leche desnatada. No conocía a su víctima, pero le daba igual. Cuando volvía con su litro de leche se sentía mejor. Lo ayudaba a enfrentarse al día. Lo ayudaba a soportar el hecho de que no importaba lo mucho que cuidara su jardín, porque lo encontraría destrozado cada jornada.

Tres hombres relacionados. No se conocían, nunca se habían visto pero sus destinos estaban entrelazados. Tal vez, si se hubieran conocido, sus vidas habían sido completamente distintas. O tal vez no, porque lo que llamamos Destino es terco e insiste en salirse con la suya, no importa lo que hagamos.

La noche anterior, cuatro personas habían estado a punto de entrelazar sus destinos en el aeropuerto de Heathrow.

Dos de ellas se conocían. Las otras no. Estaban a apenas doscientos metros las unas de las otras, pero no se habían cruzado. No era el lugar. Ni el momento.

Ni la ocasión para que la Magia lo pusiese todo de su parte. Sus

destinos, sin embargo, estaban tan estrechamente unidos que ya no habría forma de que se separaran.

Gail Brooks llevaba despierta desde una hora muy temprana. El encuentro de la víspera había dado paso a una noche de insomnio. ¿Quién querría llenar de desconocidos una casa como la de Grosvenor? ¿Qué extraña locura había poseído a su amigo? Y, sobre todo, ¿cómo saldría ella de aquel atolladero? Tenía que pararle los pies, convencerlo de que aquello era un disparate, pero no sabía cómo. Quizá si hacía un *casting* lo más loco posible... Se contrataba actores para que se hiciesen pasar por huéspedes ficticios. A lo mejor así se daba cuenta de que aquélla era una muy mala idea, la peor de todas. Pero no. Lo conocía demasiado bien.

Él nunca se daba por vencido.

Era tan tenaz como una mula y no pararía hasta comprobar que su idea funcionaba.

No le quedaba más remedio que hacer lo que decía. Pero lo haría a su manera. Si era necesario, pondría patas arriba Londres, no pararía hasta encontrar a la persona ideal: alguien en quien pudiera confiar, alguien que cuidara de la plata de la abuela como si fuera propia, a quien no le gustasen las fiestas y que supiese hacer funcionar el horno AGA. Alguien como ella. Sólo que ella no podía ser, claro. Aunque... No, no podía ser. Pero encontraría al huésped ideal aunque le fuese la vida en ello.

Para Macarena, en cambio, el día no podía haber empezado mejor. Se había despertado tarde, muy tarde, en su habitación individual de la residencia de estudiantes Central Arch. Tras una larga ducha de agua caliente en el baño de su suite había bajado al comedor de la residencia, donde una agradable camarera le había servido un desayuno inglés completo (salchichas, bacon, tomates, champiñones, huevos, bollito de miel y tostadas) y todas las tazas de té Darjeeling que deseó. Luego, había regresado a su habitación para

descubrir que alguien le había hecho la cama y había recogido el caos que había organizado al elegir su atuendo. Necesitó tres horas para vaciar su completo juego de maletas y colocar toda la ropa y los complementos, pero fueron tres horas muy bien invertidas. O eso pensó Macarena. Ahora sólo tenía que apuntar qué piezas faltaban en su ya inmenso vestuario y dedicar aquel primer sábado de su nueva vida en Londres a buscarlas en las tiendas más exclusivas del mundo. Luego se pasearía por un mercadillo cualquiera (y en Londres los había a miles), elegiría un lujoso restaurante para tomar un *lunch* y por la tarde, seguramente, acabaría viendo uno de los musicales de moda. Seguro que a la hora de la cena ya habría conocido a alguien interesante con quien tomar una copa en algún club elitista.

Eso nunca había sido un problema para una chica como Macarena.

David Rees-Hamilton había dormido poco. Muy poco, en realidad. Tres horas en toda la noche: entre las cuatro y las cuatro cuarenta, y entre las seis y las ocho y veinte. El resto de la noche había seguido conociendo a la modelo rusa. Estaba cansado, pero satisfecho, con esa fatiga dulce que dibuja una sonrisa en tu cara y da un color sonrosado a tus pómulos. Irina (Gail había tardado sólo diez segundos en averiguarlo en la sala del aeropuerto) seguía dormida, a su lado, bellísima en sueños aunque su largo pelo estuviera completamente despeinado. La chica era una auténtica atleta. Se notaba que venía de la escuela rusa. Una chica voraz, además.

David no recordaba ni una sola frase suya relevante, pero era hermosísima. Hermosa como un cuadro y también tan aburrida como un cuadro. Irina abrió los ojos en ese momento. David sonrió y ella le devolvió la sonrisa desde la bruma del sueño. Se inclinó sobre ella y la besó. Ella contestó con hambre y se movió para colocarse encima de él y rodearlo con sus piernas. Tenía un cuerpo fres-

—Mierda. Mierda. Mierda.

Hay algo curioso sobre los trenes ingleses. No hay trenes más llenos de encanto en todo el mundo, son el símbolo del poderío industrial inglés, el gigantesco paso adelante del siglo XIX, y si te hablan de trenes ingleses en seguida evocas un penacho de humo que atraviesa a toda velocidad una cordillera nevada; pues no, ése es el *Orient Express*, o tal vez el *Transiberiano*, que no son trenes ingleses. En realidad, los trenes ingleses son sucios, ruidosos y muy molestos, sobre todo si pasan a cinco metros de tu cama, y no tienen ningún encanto. Dejaron de tenerlo hace cincuenta años tal vez, cuando aprendimos que más ruido no equivale a mejor (excepto en el caso de algunos grupos musicales). El único tren inglés verdaderamente encantador y memorable es el que une Londres con Hogwarts. Y corren rumores inquietantes sobre su verdadera existencia.

Álex suspiró. Ahora entendía por qué nadie quería la habitación número trece. Era por temor que el revisor te pidiese el billete mientras estabas en la cama.

Echó un vistazo a su alrededor. La noche anterior, entre el cansancio y la depresión, ni siquiera había tenido fuerzas para mirar dónde se acostaba. Ahora, a plena luz del día, se arrepentía de haber decidido quedarse.

Aquella profusión de muebles de trapeo, aquella colcha roída y repleta de estampados de flores de lis a juego con las flores de lis del papel de la pared y con las flores de lis de las cortinas, aquellas extrañas manchas de óxido en el suelo, aquella cosa negra e informe que habitaba los bajos de la cama de ochenta centímetros... Antes de que pudiera ponerle un nombre a La Cosa en cuestión, otro ruido que provenía del pasillo del hostel distrajo a Álex. Entreabrió la puerta y echó un vistazo al exterior. Al principio sólo distinguió un albornoz azul cielo, pero luego, haciendo un esfuerzo, vio que había muchos más albornoces de todos los colores: era una fila perfectamente formada de huéspedes del hostel esperando su turno para entrar en el único cuarto de baño. Para amenizar la espera muchos

jugaban a las cartas, otros cantaban y los más, simplemente, mantenían encendidos debates sobre el estado de la Nación y lo caras que eran las pintas de Guinness en pleno centro de Londres. Cuando algún espabilado intentaba colarse el alboroto era fenomenal, los gritos se alzaban como en una batalla, hasta que el pícaro era expulsado, entre protestas, de la fila.

—H... hb... hi —le dijo el último de la cola, el propietario del albornoz azul, un chico regordete con cara de luna y mayor la colección de pecas que Álex había visto en su vida: tenía una colmena de pecas en el rostro.

Era un chico con la típica cara de tímido, gordito y acomplejado, de esos que siempre son el blanco de las burlas de los demás. Era evidente que estaba pensando si continuar la conversación o no. Las orejas se le pusieron coloradotas cuando dijo:

—So... *first time at the Hibernian?*

¿Estudias o trabajas? ¿Vienes mucho por aquí? ¿No nos hemos visto antes? Álex siguió la conversación en inglés, pensando que era la primera vez que alguien quería ligar con ella en una fila para entrar en el baño por la mañana.

—¿Tanto se nota?

—Bu, bu, bu... bueno, hay que ser muy novato para aceptar la habitación número trece.

—Es que llegué ayer muy tarde, no había otra cosa.

—¿Es tu primera vez en Londres?

—Sí. Llegué ayer de Madrid.

—¡Anda! —gritó el chico en castellano; y luego añadió encantado—: ¡Eres española!

—¿Tú también?

—¡Sí! —asintió entusiasmado—. Soy Pepe, el Gallego.

—¿El Gallego? ¿De qué parte?

—De Galicia.

Álex se quedó callada. Pepe el Gallego entendió rápidamente que no se había lucido con su respuesta.

—De Lugo, para ser más concretos. ¿Y tú?

—Yo me llamo Álex y soy de Valladolid, aunque llevo tantos años estudiando en Madrid que ya me siento de la capital.

—¿En Madrid? ¿En el Madrid de Gallardón? Pobrecita. Y ahora esto: la habitación número trece y encima la última en la cola del baño. Qué mala suerte.

—¿Mala suerte el qué?

—Ser la última de la fila para ir al baño en el Hibernian Hostel, el peor hostel de la ciudad de Londres y del Imperio británico según la revista *Arquitectura e interiores nefastos*.

—Bueno —Álex se encogió de hombros—, no pasa nada. Espero y ya está.

—Eso es que nadie te ha dicho nada. Tienes que enterarte.

—¿De qué hay que enterarse?

Los dos se giraron y vieron a un miembro del sexo masculino de edad inclasificable. Debía de tener treinta años. O tal vez cincuenta. Vestía batín de seda y cigarrillo Marlboro *light*. Llevaba un ejemplar impoluto, casi reluciente, del periódico *The Times*, que crujía bajo su brazo.

—¡Buenos días, don Carlos! —Pepe el Gallego sonrió. Luego, se volvió hacia Álex, otra vez con ojitos de cordero degollado, y procedió a las presentaciones—. Álex, te presento a Carlos, alias El Carlitos, el representante de los crápulas españoles en el extranjero y sus alrededores, así como corresponsal de un importantísimo medio de comunicación de nuestro país. Álex es española.

El Carlitos estrechó su mano con un fuerte apretón y Álex pudo comprobar que se había hecho la manicura. ¡Y francesa! ¡Qué tío!

—Así que corresponsal. Suena muy emocionante.

El Carlitos fingió quitarle importancia al asunto. Se notaba a la legua que estaba orgulloso de su trabajo.

—Sí, bueno, acabo de estrenarme. Estoy haciendo un servicio especial para un canal de noticias privado, no sólo cubro crónicas diarias sobre los sucesos más importantes... También tengo una

sección especial sobre sociología y hábitos de vida en el Reino Unido. Mis jefes piensan que es una buena manera de fomentar las relaciones y quitarle importancia a las tensiones España-Reino Unido por culpa de los malentendidos, de Gibraltar y Victoria Beckham.

—Ah, claro. ¿Y de qué hablas exactamente?

—Mis reportajes tratan de mostrar la interrelación entre las diferentes clases sociales inglesas.

—Ah, suena interesante.

—Sí, estoy realizando un estudio de campo sobre las costumbres de los diferentes estratos sociales ingleses cuando se reúnen en un mismo microsistema.

—¿Un mismo microsistema?

—Sí, hombre —aclaró Pepe el Gallego—, ¡el pub inglés! El Carlitos se pasa la vida en los diferentes pubs de la capital estudiando el comportamiento de los ingleses.

—Y de paso la calidad de su *lager*.

—Es todo un experto.

—Bueno, la práctica hace al experto. Mira qué bien lo digo: *Waiter, half pint of lager, please.*

Álex sonrió, aturdida. La verdad era que El Carlitos no lo hacía nada bien. Para ser un corresponsal internacional de un importante canal de noticias, su inglés sonaba como el de un indio sioux. O como el de Farruquito.

No pudo pensar más en ello porque los dos chicos estaban ansiosos por ponerla al día sobre todo lo que necesitaba saber para sobrevivir en el Hibernian Hostel. Según su descripción, la señora Nolan era digna de cualquier libro de Dickens: una vieja gorda, agria y tan tacaña como cualquier personaje mezquino del gran escritor inglés. Por eso en el hostel había papel higiénico con propiedades exfoliantes, toallas del tamaño de un pañuelo para los mocos y con la capacidad de absorción de un trozo de papel de cocina del malillo, sábanas tiesas, grises y repletas de zurcidos, y zumo de naranja hecho

a base de polvos. Además, nunca encendía la caldera y para ella limpiar significaba rociar todas las estancias con olor a pino.

—Es más mala que pegar a un padre.

—Más mala que mandar a la abuela a por droga.

—Más mala que...

—Vale, vale —los interrumpió, cada vez más nerviosa—. Ya lo pillo.

El Carlitos señaló la cola.

—Y por eso se forman estas colas para ir al baño a horas tan tempranas. La señora Nolan raciona el agua caliente para no gastar dinero.

—Sólo hay agua caliente para los diez primeros.

—Sólo los más rápidos consiguen ducharse sin congelarse.

—O, si somos muy remilgados, como es mi caso, limpiarnos como si fuéramos gatos.

Durante su larga estancia en Madrid, Álex había compartido baño con tres compañeras de piso y estaba acostumbrada a ver pelos flotando en el desagüe y restos orgánicos de otras personas, pero ¡compartirlo con veinte! ¡Y sin agua caliente o calefacción! Desde el principio, Álex había sido consciente de que en su estancia en la capital del Reino Unido no se encontraría con lujosas habitaciones de hotel y dúplex en Notting Hill, pero no esperaba que fuese tan terrible como estaba siendo en la realidad, con tanta suciedad, tanto hacinamiento y tanta agua fría. Miró a un lado y a otro, tratando de imaginar que las cosas eran de otra forma, pero resultaba difícil obviar aquella cola de extranjeros en bata y aquel extraño olor a podrido.

—Claro, por eso huele tan mal —dijo.

—No, eso es el desayuno.

Álex iba a reírse, pero se dio cuenta de que no se trataba de una broma.

—Pero, pero... no puede ser verdad. El precio que pagamos por la habitación no es ningún regalo, deberíamos tener derecho a dis-

poner de un cuarto de baño limpio y agua caliente. Y a un desayuno que huela a desayuno.

—Ay, querida niña —suspiró El Carlitos—. Esto es Londres. ¿Tienes idea de lo que cuesta vivir aquí? Vivir en Londres es horriblemente caro o peor. Te costará muchísimo encontrar una caja de zapatos donde vivir y comer, por no mencionar un par de mocasines de piel y diseño exclusivo como los que llevo yo ahora mismo. Mira, mira; pero no toques.

—Sí —añadió Pepe—, al menos, aquí vivir y comer es asequible, aunque repugnante.

—Sólo morir de hambre es más barato y puede que resulte más agradable pero no estoy seguro ni dispuesto a arriesgarme porque me aprecio mogollón.

—No podéis hablar en serio.

—Ya me lo dirás cuando veas el cuarto de baño.

—Y el desayuno.

Pepe el Gallego y El Carlitos continuaron relatándole con pelos y señales los inconvenientes de vivir en aquel siniestro hostel, pero Álex apenas escuchaba. Sus primeras horas en Londres no habían sido como ella esperaba: no había nada más diferente del cuento de hadas en el que había pensado estar embarcada. Es decir: era como estar en *La Cenicienta*, siendo la Cenicienta, pero sin príncipe, zapato de cristal, hadas madrinas, bailes o ratones que la ayudaran: sólo la parte mala de estar en el cuento de la Cenicienta.

Un cuarto de hora después, cuando las duchas comenzaron a acelerarse por necesidad (la necesidad de sobrevivir a una fulminante congelación) llegó su turno. Armada con un bote de lejía que le prestaron, Álex entró en el cuarto de baño. Había oído muchas cosas espeluznantes sobre los cuartos de baño ingleses; para empezar, que tenían el suelo de moqueta. El del Hibernian Hostel se llevaba la palma: su moqueta había alcanzado varios centímetros de espesor gracias a años de acumulación de sedimentos y se decía que una especie aún sin catalogar de hongos había llegado a la cima de

su evolución en el suelo de la bañera. Además, la moqueta había conseguido trepar por las paredes, hasta cerca de un metro de altura, donde dejaba espacio a unos azulejos color mugre.

Álex se acercó con preocupación a la bañera y sopesó con detenimiento todas las posibilidades.

—¿Cómo es posible que una nación como Gran Bretaña, la patria de la Revolución industrial, no conozca un aparatito tan sencillo como la pera de ducha? —murmuró mientras se esforzaba por colocar la cabeza debajo del chorro sin meterse en la bañera.

El agua estaba fría como los pies de un muerto congelado. Todos sus nervios chillaron: si el frío es vigorizante, Álex se había convertido en Hércules. Un grito sobrecogedor salió de su boca y, a continuación, recorrió los oscuros pasillos del hostal. Nadie acudió a ver qué pasaba: todos sabían que la nueva estaba duchándose. La pobre. Todos habían pasado por eso y sabían que era mejor dejarla sola.

—Dios mío, tengo que salir de este sitio como sea.

Y aún no había visto el desayuno.